¡DEL CIELO AL ABISMO!

DRAMA EN TRES ACTOS

EDICION DE "LA PATRIA"

¡DEL CIELO AL ABISMO!

DRAMA EN TRES ACTOS
Inspirado en la hermosa novela de Montepin,
"UNE PASSION"

ORIGINAL
DE
JUAN C. MAYA,

Estrenado
con extraordinario éxito, la noche del 12 de Marzo
de 1890, en el Teatro Hidalgo

MEXICO
IMP., LIT. Y ENCUADERNACION DE I. PAZ
Callejon de Santa Clara núm. 6

1891

PROLOGO

El teatro no ha muerto aún en México. Si bien no llegan al perfeccionamiento que sólo la emulación de la gloria y tambien el justo provecho del trabajo originan, las piezas nacionales demuestran, en las raras veces que aparecen, que hay no sólo gusto y afición por la literatura dramática sino tambien talento; y así mismo constancia en los estudios difíciles y complexos que forzosamente tienen que preceder á la composición de dramas y comedias.

No escribe éstas el que quiere, que esa literatura especial, es la piedra de toque de los mejores poetas y de los más fecundos y hábiles prosistas.

Hacía tiempo que no asomaba una pieza séria, en el horizonte dramático de nuestro pais. Solo algunos sainetes más ó menos ligeros de forma y fondo, y de interés de actualidad, se han registrado en el catálogo exiguo de nuestras letras nacionales. Se deseaba ya, con cierta ansia, la aparición de obras más dignas de ser llevadas á la escena, que aquellos efímeros caprichos de la pluma. Al joven dramaturgo D. Juan C. Maya ha tocado la fortuna de ser el que despierte á la musa grave, que estudia los arrebatos palpitantes de las pasiones é inspira las frases cinceladas que las expresan para que los artistas, en ficciones, den vida en el escenario á las creaciones del idealismo.

El Sr. Juan C. Maya ha escrito un bello drama que intituló "Del Cielo al Abismo" proponiendose realizar el programa antitético que encierra ese título en el desarrollo de su obra, en la que, en efecto, los protagonistas empujados pór las pasiones humanas caen desde la altura de la dicha, á la sima profunda del crímen y de la muerte.

Siguiendo las reglas de la escuela aristotélica, el bien aconsejado autor ha dividido su pieza en tres actos. Los tres actos de que se compone por su propia naturaleza en la vida

real todo drama, toda tragedia, toda comedia. La exposición, el nudo, y el epítasis ó desenlace. Por más que se diga, esas son las tres partes que contiene ó debe de contener toda obra dramática, y llegar á lograr el condensar una pieza teatral en esos sus tres naturales periódos, es ya un signo de que se posee un talento que se emplea sobriamente sin caer en la divagación ni la oscuridad.

La deslealtad del amigo recibido en la confianza del hogar, deslealtad que nace á impulsos de la pasión concebida por la mujer bella y virtuosa que se trata frecuentemente, es el pecado que se estudia en ese drama; falta cuyas consecuencias funestas están muy naturalmente desarrolladas, en la accion, con la ventaja sobre casi todos los otros dramas que del adulterio tratan, de que en el "Del Cielo al Abismo," la mujer permanece fiel y honrada apesar del amor ilícito que embargaba su alma; y muere pura contra todo lo que desea el espíritu corrompido del dia. El autor ha creido justo que la mujer muera del pesar que le causan los terribles acontecimientos que la rodean, para que expié de tal modo, la culpa de no haber puesto los medios á fin de impedir que la pasión vedada penetrase en su alma. El marido ultrajado aunque no deshonrado, se

venga matando en duelo á su tenáz rival. Este medio reprobable de hacerse justicia es, sin embargo, el que pone en práctica el mundo, y el dramaturgo no ha hecho más que copiar la verdad, sin aprobar por supuesto el crimen, sin elogiar como tantos hacen, el duelo.

El argumento como se vé es sencillo. El nudo se ata con naturalidad y con la misma naturalidad si no á los ojos de la moral cristiana, sí á los del mundo, queda tambien desatado, sin que sobreviva más que el marido, sólo, y presa de los remordimientos crueles que su delito le hace padecer.

Los caracteres están bien perfilados. Siempre son los mismos pero siempre diversos entré sí los personajes del drama. La dicción es fluida y no hablan cada uno sino como deben y cuando deben, usando de una fraseología natural, á veces salpicada de frases bien cortadas y precisas, que fácilmente se quedan impresas en la memoria del lector.

No ha caido el Sr. Juan C. Maya en la manía tan desarrollada actualmente de copiar personajes creados por otros autores, situaciones ya gastadas, ni escenas que tantas veces hemos visto repetidas. Habla por sí mismo y así hace hablar á sus personajes. Es original su drama en todos sus pormenores, y si se en

cuentran pasajes análogos á los de otras piezas ya conocidas, no es esto por obra del plagio deliberado, sino que nace del asunto mismo que forma su drama, asunto que ha sido ya tratado por miles de autores en todas partes del mundo.

Aparte del duelo, que lo repetimos, no lo proclama el autor como un principio, como una regla social, sino que lo sufre, y lo pone en juego en su pieza porque copia las detestables costumbres del día, su drama tiene una enseñanza práctica y útil, que se reduce á aconsejar á los casados huyan de recibir en la intimidad de su hogar, á personas que aunque les estén ligadas por antigua amistad, pudieran por circunstancias cualesquiera, perturbar la paz y llevarles la desdicha. El hogar; la intimidad del matrimonio, no debe de ser violada ni por la amistad. Los casados, los jóvenes sobre todo, se impongan cierto retraimiento en sus relaciones si quieren evitar que el mundo, y sus perfidias y deslealtades, las simples pasiones que siempre ciegan, nublen el cielo discreto de su doméstica felicidad. Estos aforismos se desprenden del drama del Sr. Juan C. Maya y como se vé son útiles de observar en la práctica.

Damos la enhorabuena al joven autor, pues

su ensayo dramático revela en él dotes que tiene para seguir la senda de la literatura dramática. La experiencia no se adquiere sino en fuerza de tiempo: exagerariamos si dijesemos que nuestro autor la tiene ya suficiente en ese genero de difícil literatura para que su pieza no tenga defectos. Ninguna obra humana deja de tenerlos; pero esos precisamente son los que corrige el estudio y la experiencia; y si no se comienza por escribir un drama, aunque esté lejos de la perfección, jamás se podría llegar á hacer uno ni siquiera mediano, y el del Sr. Maya lo tenemos por bueno. Nos parece que fué digno de afrontar la batalla ante el espectador, que como se sabe, ni analiza, ni estudia, pero que aplaude por instinto lo que está bien representado, y sólo puede serlo lo que está bien escrito.

En la hermosa novela de Javier de Montepin "Una pasión" se inspiró el Sr. Maya, y podemos decir, que al llevar á la escena el argumento, le dió nueva vida, hizo á modo de una nueva creación, casi toda suya.

No tienen las anteriores lineas la pretensión de ser un prólogo. Son sólo la expresión sencilla de un breve juicio que pudiera carecer de criterio pero no de sinceridad.

Mucho agradezco que el Sr. Maya me dedi-

que su obra y las frases lisonjeras que en su natural amabilidad me dirije en la portada de su pieza "Del Cielo al Abismo."

El sendero dramático tiene sus flores; pero tambien sus espinas. Nuestro amigo el joven autor Sr. Juan C. Maya, lo comienza, á recorrer recogiendo las rosas de los aplausos. ¡Que no sean más que rosas, las que siempre encuentre al avanzar en su camino, es lo que le deseo cordialmente! ¡Que nunca llegue á tropezar su coturno, con el venenoso cardo de la envidia, ni con el punzante abrojo de la indiferencia pública, ni las censuras ultrajantes!

México, Junio 8 de 1891.

JÓSÉ DE J. CUEVAS.

Al distinguido jurisconsulto,
y notable literato y autor dramático,
el Sr. Lic.

D. José de Jesus Cuevas.

Testimonio de respetuosa consideracion y afecto,

JUAN C. MAYA

México, Marzo de 1890.

PERSONAJES

La Condesa María. .	Sra.	Servin de Tagle.
Baronesa	,,	Villar.
Flora.	,,	Mellado de Servin.
El Conde Enrique. .	Sr.	Ernesto Figuerola.
Jorge.	,,	Felipe Montoya.
Marcial	,,	José Zendejas.
Procurador.	,,	Juan Cigala.
Criado	,,	Ibarzabal.
Gendarmes.	,,	N. N.

LA ACCION:

Primer acto, Castillo de Talmay, -Francia.
Segundo .. ,, ,, ,, ,,
Tercer ,, Spá: Balneario.- -Bélgica.

EPOCA ACTUAL.

ACTO PRIMERO

Pieza inmediata á un jardín.—Plataforma que conduce al parque, cuya vista se destaca en el fondo.—Puertas laterales.—Muebles adecuados; un pupitre.

ESCENA I.

FLORA.

(Aparece sacudiendo y ordenando los muebles, ó haciendo alguna otra cosa, como cosiendo, etc., tarareando un aire cualquiera.)

—Quien canta, su mal espanta. Esto dice el adagio, pero no siempre sale cierto. Aquí, la verdad me fastidio. La Baronesa, al traerme al lado de

sa sobriba. la señorita María, me ofreció el "oro" y el "moro," pero nada encuentro que me obligue á preferir la vida del castillo, á la vi- de París. . . . ¡Ah! . . . . ¡París! . . . ¡París! . . . . *(Oyese por el parque ruido como de caballo á galope.)* ¡Hola! . . . . ¡un cazador! . . . . *(Prestando atencion.)* ¡Es verdad! . . . . Se me olvidaba que tenemos partida de caza y que por algunos días contaremos con algo que nos distraiga de la monotonía en que aquí vivimos. *(Asomándose hácia el parque.)* ¡Ah! Sí; es el señorito Jorge: su caballo viene muy agitado: se apea: dirige por todas partes miradas rerecelosas; teme sin duda que le vean. Se dirige hácia acá. . . . ya llega. . . ¡Ay, Dios mio! . . . . *(Aparentando temor.)* ¡Yo me retiro! . . . . *(Con alegría disimulada.)* ¡Ah! ¡no! . . . . Mejor le espero. . . . al fin estoy sola. . . . . La señorita María y la Baronesa se encuentran en el terrado. . . .

ESCENA II.

FLORA *y* JORGE, *que llega cautelosamente. Viste traje de cazador, compuesto de chaqueta negra, con botones de plata; sujeta al talle por un cinturón: cuchillo de monte: pantalón blanco, bota negra alta, gorra con visera y morral.*

Jorge.— Estás sola?

Flora.— Ah! . . . . El señorito Jorge! . . . . Mirad que os exponeis. . . . . Que pueden sorprendernos! . . .

Jorge— Ah! . . . . cuando se necesita pedir un favor á una muchacha tan encantadora como tú, nada se teme; primero por el favor, y luego por el lindo palmito de una doncella como tú. . . . tan retrechera! ¿eh?

Flora. Señorito, ya otros me han dicho que

no soy fea, y me resistía á creerlo... pero diciéndolo vos, que teneis fama de intetigente en la materia....

Jorge.— Y bien, no te equivocas; y entiendo que á mi vez acierto al juzgar que bajo un exterior tan seductor, se oculta un corazoncito de oro. *(Acariciándola.)* No es verdad, hermosa Flora?

Flora.— *(Con zalamería.)* Lo creeis así?...

Jorge.— Sin duda: y por lo mismo no he titubeado en adelantarme á mis compañeros de caza, para pedirte me prestes un gran servio....

Flora.— Ah! Creeís que yo pueda serviros de algo? ... Yo? ... Decid!....

Jorge.— Ah! .... no de algo, de mucho, si tú quieres.... *(Sacando una carta que le da.)*

Flora.— *(Toma la carta aparentando resistencia.)* Esta carta! .... Y qué quereis que haga yo con esta carta?... Ah! ..... señorito Jorge..... yo....

Jorge.— Que te encargues de entregarla....

Flora.— A.... A quién?

Jorge.— A tu señora....

Flora.— *(Disimulando la alegría, y aparen-*

tando resistencia y aun enojo.) ¡Ah!.. no.... no.... señorito Jorge.... no me pidais eso.... no....

Jorge.— *(Enseñándole un bolsillo.)* Te niegas acaso?

Flora.— Sí.... digo.... vamos.... yo....

Jorge.— *(Suplicando y comprendiendo que cede.)* Flora!....

Flora.— La verdad, señorito, temo que la señora.... y....

Jorge.— No tomas. Ella te lo agradecerá!

Flora.— *(Alentada por la vista del bolsillo.)* Ah! Lo creeis así?..... Entonces.... sea! Creeis que la señora tiene interés en recibir vuestra carta?

Jorge.— Sí!.... y tanto. que..... repito, te lo agradecerá!....

Flora.— Bien..... siendo así, no resisto más....

Jorge.— *(Dándole la carta y el bolsillo.)* Al fin!.... Gracias....

Flora.— *(Tomandó la carta y resistiendo tomar el bolsillo.)* No, señorito!.... Si os hago el favor, no os vendo el servicio!....

Jorge.— Ni yo lo compro, Flora; es que quiero que guardes un recuerdo mio!...

Flora.— (*Tomando el bolsillo.*) Ah! . . . Bien, como recuerdo! . . . .

Jorge.— Pero no olvides que María debe recibir mi carta hoy mismo, y antes de anochecer! . . . .

Flora.— Perded cuidado! . . . . Decís que interesa á la señora, y sabré cumplir con mi deber. . . . . (*Se oye por la puerta derecha el sonido de un timbre: dos llamadas.*) Ah! La señora llama indicando que pronto me necesita. . . . . Idos. . . . . idos. . . . . Adios. . . . ! (*Vase Jorge precipitadamente y con cautela por el fondo, como dirigiéndose al parque.*) (*Mutis.*)

ESCENA III.

FLORA, sola.

Pues, señor, creo que la cosa promete. (*Contando el dinero del bolsi-*

llo.) Veinte francos! . . . no es mal principio. . . . Y yo que ya desesperaba, tratando de marcharme. . . . Vamos! . . . . Preciso es no olvidar nunca, que donde menos se piensa. . . . (*Observando detenidamente la carta, y como quien está muy seguro de lo que afirma.*) Pues es claro, no me equivoco. Esto huele á cita nocturna, y según el señorito Jorge, esta misma noche tendrá lugar su entrevista con la señora. Ah! Si el señor Conde lo supiera, ¡qué de cosas no se verían, dado su carácter, que tan pronto se entrega á la melancolía y á la dulzura, como á los arrebatos de una exagerada cólera! Pero lo que es por mí, nada sabrá, mientras el caso no llegue. Al fin ya hoy he atrapado un buen piquillo, y estoy obligada por de pronto, á ser discreta.

(*Guarda la carta al oir que alguien se acerca.*)

ESCENA IV.

FLORA. LA BARONESA, *vestida con lujo y elegancia que rayan en ridículez.*

Bar.— Ah! Estás aquí?

Flora.— Ya lo ve la señora.... Tiene algo que mandarme?

Bar.— No, Hace un momento ha llamado mi sobrina, anunciando que pronto debe necesitarte..... Pero, antes de que te marches, dime.... Qué tal me hallas? ... Estoy elegante?

Flora.— Oh! Perfectamente! .... Para mí, señora, siempre fué usted, y es aún la reina de la moda! ... (Qué barbaridad! ...) (*Aparte.*)

Bar.— Gracias, Flora, aunque no haces mas

que hacerme justicia! . . . Y.... dime, te has fijado en quién es el más simpático de nuestros huéspedes?.... Todos esos caballeros que acompañan á mi sobrino en la cacería, me parecen apuestos y elegantes, pero..... ves tú entre ellos alguno que más descuelle?

Flora.— Yo.... señora.... apenas he tenido tiempo de fijarme en ellos..... pero.... sin embargo....

Bar.— Sin embargo.... parece que el señor Jorge de Commarín, es todo un seductor!.....

Flora.— Pues.... quizá tengais razón, señora Baronesa..... no falta quien diga....

Bar.— Sí.... no falta quien diga que Jorge es todo un calavera.... que ha perdido su fortuna, que era inmensa, en aventuras y amoríos..... que es, en fin, un nuevo Don Juan, uno de esos tipos, que siempre causan miedo, aunque siempre agradan.... y.....

Flora.— Y bien, señora Baronesa, apostaría á que sois enteramente de la misma opinión que vuestra sobrina....

Bar.— Cómo?.... Mi sobrina, dices?.... Te atreves á juzgar que María?...

Flora.— Yo, señora..... no sé hasta qué punto deba....

Bar.— Y en qué podrás fundarte?

Flora.— Os diré: desde que el señorito Jorge viene al castillo, casi siempre la señora Condesa está pensativa..... á veces la veo triste..... preocupada.... en fin.....

Bar.— Pues te equivocas. Hace cuatro años que María está casada con mi sobrino Enrique, y no ha tenido aún ocasión de hastiarse de su marido; pues siempre he observado en ellos la más perfecta armonía..... No puede, pues, mi sobrina, preocuparse por otro hombre; además.... sus principios..... su virtud..... su nombre ... En fin, si desgraciadamente, María, sugestionada por alguna loca impresión, tratase de olvidar sus deberes, yo sería la primera, en llamarla al órden!.....

Flora.— En lo cual haría muy bien la señora Baronesa!..... (*Aparte.*) (Al fin ignora que ya está preparado el anzuelo.... y que el pez.... caerá ó

no.... ya veremos!....) He de ver á la señora?

Bar.— Inmediatamente, no. Ella te llamará, como ya lo indicó. Además, tiene ya dispuesta por mí, la ropa que ha de vestir para asistir á la mesa.... puedes ocuparte de preparar lo que siga para después....

Flora.— (*Aparte.*) (Lo que siga para después, está ya bien preparado.) (*Por la carta.*) Bien, señora, me retiro. (*Vase.*)

ESCENA V.

LA BARONESA, sola.

Empieza al fin á preocuparme lo que de mi sobrina se sospecha!.... Nubarrones cargados de tempestad, aparecen amenazantes, en el hasta ayer límpido y tranquilo cielo de

este hogar!..... Qué será lo que venir pueda?..... Qué será, Dios santo?.... Esperemos!.... María se acerca.

ESCENA VI.

BARONESA. CONDESA.

Con.— Tía!.....

Bar.— Ah! María!.... Llegas en momentos de suprema oportunidad!.....

Con.— Yo!..... Pero, qué pasa tía?

Bar.— Pues ahí es nada!..... Figúrate que ya se murmura del interés que dicen te ha inspirado Jorge, nuestro huesped!....

Con.— Yo!.... Interés!.... Jorge!.... Qué quereis decir t'a, que nada entiendo?.....

Bar.— Dime, sobrina, tienes confianza en mí?

Con.— Podríais dudarlo, tía?

Bar.— Pues bien: sé franca! Qué te pasa? Desde ayer te veo triste..... preocupada ..... pensativa....

Con.— Pero.... qué quereis decir?..... Yo....

Bar.— Vamos, sobrina!.... Si algo nuevo pasa en tí, descúbrelo á tu buena tía.... sé franca.... Quizá ya no amas á Enrique, como al principio?..... Acaso.....

Con.— No amar yo á Enrique?.... Y.... vos, sois quien me lo dice!.... No amarle?.... Ah! Tía.....

Bar.— Mira, sobrina, muchas veces, aunque uno no quiera, tiene que hacer comparaciones entre el amor que se va y el amor que se acerca....

Con.— Por Dios, tía! que me asustais con esas conclusiones.....

Bar.— Es que leo muy bien en el fondo de tu alma!..... No amas ya á tu marido y..... en fin..... quien sabe.....

Con.— (*Indignada.*) Ah! señora!.... qué os he hecho yo para que de tal manera me ultrajeis?

Bar.— Vamos!.... Ya te incomodas y me llamas señora! .....

Con.— Ah! tía! Y vos que conoceis muy bien mi educación y mis principios.... me creis capaz!..... No os comprendo!.....

Bar.— Es verdad, hija mía, te conozco bien: y.... te diré.... yo no aseguro en absoluto.... Pero.... cuántas veces sin quererlo ni desearlo.... el corazón es más fuerte que la voluntad.... y cuando aquél habla...

Con.— Y cuando el deber se sobrepone á todo.... y la conciencia, irguiéndose magestuosa reclama el cumplimiento de la fe jurada..... qué hacer entonces?

Bar.— Bah!.... Esos, mi querida sobrina, no son mas que sofismas..... bellos.... eso sí.... pero no más...

Con.- Sofismas ó no, tía, yo siento que alientan en mi alma, y son..... y deben ser la norma de mi conducta! Pues cuando ante el ara santa, una mujer ha jurado no amar mas que á su marido.... el corazón debe siempre callar respecto de otro amor!....

Bar.— Y sin embargo..... á veces el corazón habla..... y el alma traiciona!....

Con.— Pues en tal caso, la mujer honrada que sabe, antes que todo, respetarse á sí misma, debe imponer silencio al corazón y torturar el alma, que ya no pertenecen, y que, bien ó mal dados, son ya de un hombre á quien se juró eterna fe!.....

Bar.— Eso, sobrina, es muy fácil de decir, pero muy difícil de hacer!

Con.— En tal caso, si toda resistencia es inútil, será preciso abandonarse ciegamente, á las ilusiones de un amor culpable?

Bar.— Es, por el contrario, preciso luchar con toda la convicción que da la idea de cumplir con un deber sagrado... aunque esta lucha, á veces es infructuosa!.....

Con.— Pues qué, la resistencia es inútil?

Bar.— Casi siempre.

Con.— Entonces, para qué sirve luchar?

Bar.— Para tener á la mano un pretesto de razón en la derrota, acallando así los gritos de la conciencia.

Con.— Ah! tía, no quiero escucharos!.... Vuestras palabras me hacen daño!...

Bar.— Por qué?

Con.— Porque vuestra moral es poco edifi-

cante. Cómo se han de tener fuerzas para la lucha, teniendo en perspectiva la seguridad de la derrota?

Bar.— Te diré, sobrina: si en la forma es brusco y de poco atractivo mi modo de razonar, en el fondo no pueden ser mejores mis ideas..... Debo, pues, decirte que cuando el corazón, sin quererlo, se interesa en algún nuevo afecto, no es posible resistir al amor, que es una pasión nacida del alma; pero sí lo es, aunque con supremo esfuerzo, resistir al amante que no es mas que un hombre. Es decir: cuando en el alma se anida una pasión, y no se puede evitar, hay que aceptarla; pero siempre rechazando al objeto que dió forma al nacimiento y desarrollo de aquella idea!.....

Con.— Ah, tía!..... Esa sería una lucha imposible!.... Lo mejor habr a de ser, para no temer las consecuencias, no aceptar los principios.

Bar.— Está bien! Entonces no pienses ya en el caballero Jorge de Commarin.

Con.— *(Experimentando una fuerte emoción, que la actriz interpretará.)*

Jorge de Commarin! Oh! Querida tía!.... Por qué pronciais ese nombre en mi presencia? Por qué me hablais de lo que no quisiera nunca ocuparme?..... Por qué me obligais á leer en mi corazón lo que me parece un abismo insondable, y cuya sola contemplación me horroriza y me mata?....

Bar.— Vamos!..... vamos! Cálmate, sobrina. No he hecho mas que darte un prudente consejo.... queriendo evitarte el hundimiento en el abismo que se abre á tus pies....

Con.— Ah!.... qué habeis dicho?.... Y quién ha podido adivinar lo que yo misma no llegado á comprender? Quién?

Bar.— No te diré quien lo haya adivinado. pero sí, quien me lo ha dicho..... Flora, pocos momentos há, me ha indicado algo que viene en apoyo de mis conjeturas.

Con.— Oh! qué vergüenza!..... Una camarista pretendiendo descifrar el funesto secreto que yo creía tan bien guardado en el fondo de mi alma! Estar en silencio acallando las pal-

pitaciones de mi corazón!..... Imponer quietud entre angustias de muerte á los impulsos de un amor imposible, atendiendo á la voz del deber que gigantesco se alza como infranqueable muralla!..... Luchar..... y luchar.... entre las amarguras de un llanto que no sale á los ojos, pero que va quemando el corazón!..... Aparecer en lo exterior mientiendo serenidad y vida, cuando dentro del alma llevo como corona de mi martirio, la borrasca más espantosa y la muerte más horrible de las muertes!.... Y verme, tras todo esto, denunciada por la imprudencia y malignidad de una infeliz camarera que no sabe, ni sabrá jamás, todo el mal que su insensatez ha podido causarme! Ah! tía, por compasión, no me juzgueis culpable!.... *(Se arroja en brazos de la Baronesa, llorando con amargura y desesperación.)*

Bar.— *(Con ternura.)* Vamos, calma, hija mía. Comprendo tu situación, y no he de ser yo quien á lo amargo de tu pena; añada la injusticia de pre-

juzgar en tu contra..... (*Se oye el toque de una campana.*) Oye, tu marido ha regresado ya de la cacería y anuncian que pronto estará la mesa..... Voy á disponer lo necesario..... No olvides que tenemos huéspedes, y que necesitas hacer uso de toda tu serenidad para aparecer tranquila y reposada. (*La da un beso.*) (*Mutis.*)

ESCENA VII.

CONDESA, sola.

Quiera el cielo darme toda la fuerza que necesito, para pasar sin denunciarme, los momentos que me esperan!..... En la mesa estará Jorge..... sus miradas se fijarán como siempre en mí, queriendo envolverme en las ráfagas de su pa-

sión!.... Mi tía que no nos perderá de vista.... y mi marido cerca de nosotros..... pendiente de la menor palabra..... no perdiendo ni el más ligero movimiento..... Y yo.... infeliz de mí!.... sin poder decir á todo el mundo que no soy criminal, que ni con el pensamiento he faltado á mi marido, cuya imagen radica en mi pecho, como la antorcha de mi ventura!.... Si algún interés he podido inspirar á Jorge.... qué culpa tengo yo?.... Si me ama ó piensa amarme, sea, pues él lo quiere; pero esto no será nunca una razón para que yo también tenga que amarle..... no!.... Si como sombra de fantástico sueño ha podido cruzar por mi mente, la idea siquiera de un amor extraño..... aléjese para siempre de mí.... pues soy, mas que una esposa, el tabernáculo santo, depositario de la honra inmaculada de Enrique de Talmay!.....

ESCENA VIII.

CONDESA, FLORA.

Flora.— (*Por el fondo, llamando. Trae una lámpara, pues ha empezado á oscurecer.*) Señora Condesa!

Con.— (*Cobrando serenidad.*) Adelante!

Flora.— (*Poniendo la lámpara sobre la mesa.*) Vengo á avisar á la señora, que dentro de diez minutos estará servida la mesa, y el señor Conde la espera. ¿La señora me necesita?

Con.— (*Secamente.*) No!

Flora.— (*Aparte.*) (Malo!..... el tiempo amenaza borrasca.) Entonces la señora Condesa me permitirá retirarme.

Con.— Puedes irte.

Flora.— Antes debo desempeñar una comisión que se me ha dado.

Con.— Acerca de mí?

Flora.— Precisamente, señora Condesa. (*Presentando la carta.*)

Con.— (*Indiferente.*) Qué es eso?

Flora.— Ya lo vé la señora, una carta.

Con.— De dónde?

Flora.— (*Turbada.*) No lo sé.

Con.— Cómo? No sabes la procedencia de una carta de la cual eres portadora?

Flora.— No, señora, no la sé.

Con.— Lo cual es bien inverosímil.

Flora.— Sin embargo, señora, es la verdad.

Con.— Yo no recibo cartas cuya procedencia ignoro. Puedes, pues, llevártela!.....

Flora.— Pero, señora.....

Con.— Basta ya!.... Dejame sola!

Flora.— Señora.... perdonad.... creo que esta carta..... es del señor Jorge de Commarin.... tal vez me equivoque..... mas.....

Con.— Sé franca: es el señor de Commarin, quien te la ha entregado?

Flora.— Pues bien..... sí, señora.... lo confieso.....

Con.— Te dijo algo al entregártela?

Flora.— Que la señora tenía el mayor interés en conocer el contenido.....

Con.— Y has hecho alguna suposición sobre el modo de obrar del señor de Commarin?

Flora.— No, señora, ninguna..... *por ahora....*

Con.— Por ahora, eh?..... (*Abre el cajón de la cómoda, saca un paquete que figura tener dinero y lo da á Flora.*) Aquí tienes un año de tu salario. Desde este momento no formas ya parte de mi servidumbre.

Flora.— La señora Condesa me despide?

Con.— Lo has entendido! puedes marcharte.

Flora.— En qué he podido faltar á la señora?

Con.— Poco te importa. Estás pagada; vóte pues....

Flora.— Está bien, señora, me marcho, en seguida.

Con.— Cuento con que lo harás inmediatamente.

Flora.— La señora Condesa se arrepentira...

Con.— Lo dudo!

Flora.— Presento mis respetos á la señora. (*Deja la carta sobre la mesa y se retira.*)

Con.— Creo que olvidas algo....
Flora.— Nada, señora.....
Con.— Esa carta?
Flora.— Ha llegado á su destino.....
Con.— Te ordeno que te la lleves para devolverla á la persona que te la entregó.
Flora.— Advertiré á la señora que no estando ya á su servicio..... no estoy obligada á recibir ni una órden más en esta casa. Me encargué de traer la carta; la he entregado: estoy también pagada, y lo demás nada me importa!..... (Ah! orgullosa Condesa!.... Yo me vengaré!)
Mútis.

ESCENA IX.

CONDESA, sola.

Insolente!..... He aquí las peligrosas víboras á quienes muchas ve-

ces, incautas!..... damos calor en nuestro seno.... Y ahora, qué hacer con esa carta? Lo más natural sería devolverla intacta á su dueño, para hacerle comprender lo inútil de sus pretensiones..... Pero, de qué conducto valerme?.... No.... En asunto de suyo tan delicado, no hay conducto personal posible.... (*Pausa. Pensativa.*) Ah!..... Sí, la quemaré..... el fuego de una bujía será mi mejor auxiliar! Sea pues!..... (*Toma la carta con dos dedos, como con terror.*) El solo contacto de este papel me quema, y hasta creo que me envilece! (*Se oyen pasos, estruja la carta, ocultándola.*)

ESCENA X.

CONDESA. CONDE.

Conde.— Mi querida María! La mesa está ya dispuesta y nuestros huéspedes esperan con ánsia tu presencia. Pero.... qué tienes María?.... Estás pálida y agitada! Qué te pasa?

Con.— No es nada!..... Pierde cuidado, amigo mio..... Algún desvanecimiento, quizá porque hoy hemos retardado la hora de la mesa..... Nada más!....

Conde.— Oh! si no es más que eso, el remedio por fortuna es bien sencillo. (*La Condesa se habrá sentado. El Conde se sienta á su lado y tomándola una mano, dice aparte.*) (Aquí hay algo más que agitación y palidez! Qué será esto?)

Con.— (*Aparte.*) Si sospechará mi situación! Amparadme, Vírgen santa!

Conde.— Hoy no estás como siempre, María. El violento latir de tu pulso, me hace comprender que tu ánimo está sobresaltado. (*Con dulzura.*) Qué tienes, María? Repito, nunca te he visto como en estos instantes, y quisiera saber si hay causa que pudiera turbar la dicha de nuestro amor, que durante cuatro años hemos podido conservar, como el Angel de Guarda de nuestra felicidad!....

Con.— Oh, no es nada, pierde cuidado, que todo ello, como ya te he dicho, sólo reconoce una causa frívola. (*La condesa ha estado turbada durante este diálogo. El Conde se pone en pie dando el brazo á la Condesa y diciéndole con fingida amabilidad.*)

Conde.— Bien, no siendo otro el motivo, vamos, querida: nuestros huéspedes esperan. A la mesa! (*Toman la salida.*)

TELÓN RÁPIDO.

ACTO SEGUNDO

Sala lujosamente amueblada.—Puertas: izquierda y derecha; dos de cada lado; ventanas.—Al fondo gran puerta descubriendo una escalinata ó rampa que supone conducir á otras habitaciones altas.—Muebles y accesorios: además de éstos, un pupitre á la derecha con cajon practicable.

ESCENA I.

JORGE; MARCIAL, *descendiendo por la rampa como continuando una conversación.*

Marc.— Y bien, Jorge, sabes para que te he suplicado que separados de la reunión, me concedieras una entrevista?

Jorge.— La verdad.... no acierto....

Marc. Pues bien, te lo diré. Quería usar de los derechos que me concede nuestra antigua y leal amistad: quería hablarte con franqueza y que del mismo modo correspondieras á cuanto voy á preguntarte.

Jorge. — Por qué diablos ese tono tan sério?....

Marc. — Es que se trata de tu porvenir.

Jorge. — De mi porvenir? Y qué, acaso te te inquieta?.....

Marc. Más que inquietarme, me horroriza. Estás en camino de perderte irremisiblemente.

Jorge. — (*Visiblemente sorprendido.*) Yo?

Marc. — Sí!..... Tú ..... (*En voz baja, recelando ser oídos.*) Insensato!.... A dónde crees que te conduzca tu amor por..... Mar a!

Jorge. — (*Con la sorpresa consiguiente al que crée que nadie sabe lo que él guarda como secreto.*) Mi amor por María!.... Qué dices, Marcial?....

Marc. — La verdad!

Jorge. — Marcial..... Te engañas!....

Marc. — Jorge! bien sé que eres un hombre honrado!.... Dame, pues, tu palabra de honor de que no amas á la

Condesa, y entonces te creeré y seré dichoso al creer.....

Jorge.— (*Turbado y sin saber qué responder.*) Ah!..... Yo!.....

Marc.— No te atreves á responder, porque no eres capaz de manchar tus lábios con un juramento falso..... Tu silencio es elocuente....., porque equivale á la más completa confesión!.... Todo lo sé, amigo mío... y nadie me ha dicho una sola palabra. Al llegar aquí con el Procurador, á quien como sabes, he acompañado con mi carácter de secretario, fué inmenso mi placer al encontrarte, regresando, que venias de la partida de caza, departiendo amigablemente con el Conde.... Noté sin embargo, en tu semblante, algo que nunca ví en él.... y me propuse observar todos tus pasos..... tus acciones todas, hasta descubrir el estado de tu ánimo. Pues bien, pocos momentos há, durante la comida, he podido observar todas tus impresiones retratadas, así en tus ojos como en tu semblante!.... más de una vez pude juzgar que tus miradas se cruza-

ban significativas, insinuantes y casi temerarias, con las de la Condesa, que, ruborosa y tímida, apenas podía disimular su emoción!....

Jorge.— Pues bien; sí, Marcial no puedo negártelo..... Yo amo á María!

Marc.— Es decir, crees amarla?....

Jorge.— Marcial, blasfemas!..... Lo que ahora siento es un amor ardiente y profundo que domina todo mi sér!

Marc.— Cuántas veces, hace diez años, has dicho y repetido lo mismo..... y sin embargo, á los pocos días acababa con un eclipse total lo que había empezado en creciente....

Jorge.— Te ruego, Marcial, que no compares nada de lo pasado con el presente. De una vez por todas te lo diré: Este amor me avasalla, me domina por completo, y no soy dueño de mí!...

Marc.— Pues bien, sea: admito que hoy tu mal sea peligroso; sin embargo, no es incurable. Con valor y fuerza de voluntad te curarás.

Jorge.— Es que..... no quiero curarme!.....

Marc.— Pues es preciso querer! Tu conciencia y tu lealtad te imponen el deber

de resistir á una pasion que abre un abismo á tus pies!.... Además, no reflexionas en que el Conde es tu amigo?..... que invitado por él, has venido á la partida de caza.... que llevas aquí ya quince días, que eres objeto de atenciones y miramientos.... que en todo te distingue el Conde..... y por último, que todo te obliga á obrar con la nobleza, no digo de un amigo, sino de un caballero!....

Jorge.— Ah, Marcial!.... amigo mio!.... mi hermano del alma!..... tienes razón! Pero.... ¡ay!..... yo no puedo dejar de amar á esa mujer!

Marc.— Pobre amigo mio!..... Y ella, te ama?

Jorge.— No te lo diré con certeza; pero si te aseguro que al fin conseguiré su amor!

Marc.— Bien, te seguiré en ese terreno: admito que seas amado: admito que la Condesa olvide sus deberes y se entregue á tí.... Sería esto, para tus aspiraciones, la felicidad?

Jorge.— Ah! no!.... Seria la gloria!!!

Marc.— Hasta el día del desenlace que no se

haría esperar mucho tiempo!..... El Conde no es de esos maridos á quienes se engaña fácilmente.... y de los cuales se pueda decir lo del Salmista: "Tienen ojos y no ven... y oídos y no oyen".... Así, pues, de un instante á otro puede llegar un momento fatal y .....

Jorge.— Y.... jugaré el todo por el todo...

Marc.— Y en ese peligroso juego complicaríais la situacion .... y la víctima inocente habría de ser la infeliz María!.....

Jorge.— No!.... perque yo la salvaría!

Marc.— Insensato!.... Y quién puede escapar á la saña de un marido ultrajado á quien asisten el derecho y la justicia?.....

Jorge.— Por mí, nada temería.... pero por ella.... Qué hacer, pues, Marcial? (*Se oyen pasos.*)

Marc.— Silencio! Alguien llega..... Vámonos al jardín. Allí acabaremos nuestra discusión. (*Mútis.*)

ESCENA II.

BARONESA. PROCURADOR.

Bar.— Y cómo es eso, señor Procurador?

Proc.— Obligado por la esclavitud de mis deberes, necesito hallarme en Dijón mañana al amanecer, para preparar la apertura de la sesión que empieza á las ocho. Destinado el señor Conde por la suerte, á formar parte del jurado, se encuentra en la imprescindible obligación de acompañarme, yéndose conmigo, cuyo objeto me ha traido al castillo. Quise partir, como sabeis, esta mañana, pero el Conde me detuvo para que le acompañase á la cacería, ofreciéndome que hoy en la noche saldría-

mos juntos para amanecer en Dijón y dar cumplimiento á nuestros deberes.... Ya veis que no podemos detenernos.

Bar.— Bien; no insisto! Pero decidme, teneis algún *bonito crimen* que juzgar.

Proc.— Un *bonito crimen!* Hé aquí dos palabras que realmente me parecen *bonitas.*

Bar.— Sí, sí..... teneis razón; pero yo bien sé lo que quiero decir. Un *bonito crimen* es uno de esos hechos misteriosos, raros, tenebrosos, complicados; en fin, donde hay choques de pasiones..... raptos, amoríos.... Vamos, ya entendeis.....

Proc.— Ah, sí! Cuanto más atroz es un crimen, es lo que llamais *más bonito?*...

Bar.— Justamente!

Proc.— Pues, señora, por fortuna no tenemos nada de eso.... todas son acusaciones sobre fraude, quiebras, abusos de confianza..... Aunque sólo una causa es la que se destaca entre todas.

Bar.— Ah! Veamos!.... Quién fué?....

Proc.— Un hombre que dió muerte á su mujer!.....

Bar.— Era engañado tal vez, y....

Proc.— Si, señora; engañado vergonzosa y cobardemente. No se lo figuraba, y también dió muerte al seductor.

Bar.— Un doble asesinato! Jesús!..... Y á qué clase pertenece ese hombre tan vengativo?.....

Proc. — A la de esos obreros honrados é infatigables que á fuerza de trabajos y economías, consiguen un relativo bienestar para compartirlo con la compañera de su hogar.

Bar.— Y cómo pasó eso, señor procurador?

Proc.— Simón, que este es el nombre del marido, vió un día á las puertas de su casa, á un mocetón sobrino suyo, pidiéndole amparo y abrigo por hallarse en la miseria. Lo recogió cariñoso; le dió abrigo en su hogar, haciéndolo, después de dos años, un hombre de provecho.... Pero este desventurado no supo corresponder.... Enamoróse de la mujer de su bienhechor, que era una muchacha joven y bella. Esta tuvo la debilidad de faltar á la fe jurada, y un día, Simón, sorprendiéndoles en delito *infraganti*, viendo su honra

hecha pedazos y arrastrada por el lodo..... no pudo contenerse ante tal infamia, y dió muerte á los dos culpables, presentándose él solo ante la justicia, diciendo: "ESTA ES MI FALTA, JUZGADME!.....

Bar.— Horrible!.... horrible!.... y además rarísimo!..... Cuántos maridos, y hablo de los de mejor clase que ese..... Simón; cuántos no se hallan en iguales condiciones que éste..... y sin embargo, no dicen nada!....

Proc.— Eso va en gustos, señora; es cuestion de temperamento y según la manera de sentir.....

Bar.— Pero es que la vida de la criatura es inviolable, y es un gran crimen matar.

Proc.— Tambien el sagrado del hogar tiene sus fueros, y gran crimen es matar con infamia la honra de un marido..... y hasta la de una generación!....

Bar. — Jesús! El señor Procurador olvida la toga y se mete á moralista!....

Proc.— Conste, señora, que hablo EX-CÁTEDRA.

Bar.— Bien, no diré más..... sino que la ley debería ser inflexible con el que mata.

Bar.— Cómo, señora? No os parece justo que sea permitido dar un pistoletazo al ladrón infame que se introduce en vuestra casa con fracción y escalamiento para robaros, y hasta para quitaros la vida? Quereis que la ley castigue cómo un asesinato este acto de defensa propia?

Bar.— Ciertamente que no; pero vós me hablais de un ladrón, y yo os hablo de un amante, lo cual es muy diferente. (*Momentos antes ha aparecido el Conde, por el fondo, deteniéndose al oir las últimas palabras del Procurador y lo que replica la Baronesa.*)

ESCENA III.

DICHOS. CONDE, *en traje de viaje.*

Conde.— (*Avanzando.*) Efectivamente, no es lo mismo, porque el amante es más culpable que el ladrón! El bandido que hace saltar la tapa de vuestra caja para llevarse un puñado de oro, no os perjudica tanto como el amante, que os roba lo que más adorais en la vida, lo que más quereis en el mundo!..... la honra de vuestro nombre!... la calma del espíritu!... la más bella ilusión del alma! Esto es lo que hace el amante, y casi siempre se muestra cobarde y vil, y es por lo general amigo del marido, quien al recibir de aquél un apretón de manos, recibe el beso infamante que

Judas estampó en la mejilla de Crizto!.....

Bar.— Bah!..... bah!..... Y para eso tanta palabrería retumbante, querido sobrino?

Conde.— Para expresar grandes verdades, QUERIDA TÍA!

Proc.— Como que acabais de hacer la disección de una calamidad social, señor Conde.

Bar.— Y que, sobrino, tú eres también de los que opinan por dar muerte á la vez á la desgraciada que tiene la debilidad de caer?

Conde.— Apruebo la muerte del infame ladrón de honras.... sí, pero no admito la de la mujer culpable..... porque la venganza practicada, dando muerte á los dos, es insuficiente; porque el castigo no está á la altura del ultraje!

Bar.— Pues qué, hay castigo peor que la muerte?

Conde.— Sí!..... La vida!..... La propia vida! La vida entera pasada al lado del marido engañado, implacable en su fría cólera, como la fatalidad! Opina el señor Procurador?....

Proc.— Abundo en vuestras ideas, señor Conde. El castigo en tales condiciones, debe ser superior á la misma prisión perpetua, que es peor que la muerte, según los que sobre tal materia han escrito!.....

ESCENA IV.

DICHOS. CONDESA.

Desde el principio de la escena anterior, se han estado oyendo truenos y ruido de aire y tempestad.

Con.— Enrique!..... Enrique!..... El chubasco arrecia y no creo que el señor Procurador insista en que te pongas en marcha para Dijon en una noche como ésta.

Proc.— Perded cuidado, señora Condesa; vamos en muy buen carruaje, guia-

do por experto conductor: además el camino es bien llano y vamos escoltados por los guardianes del orden público que vinieron conmigo. Por último, la tempestad cesará pronto.....

Conde.— Sobre todo, querida María, ya sabes que á instancias mías se ha detenido el señor Procurador, y tanto por esto, como porque á igual hora tenemos que presentarnos en Dijón, ni debo ni puedo dejarte marchar solo.

Bar.— Bien! Vemos que no os podeis detener, puesto que estais obligados á cumplir con un deber ineludible: pero no olvideis enviarnos las crónicas del jurado para enterarnos de los resultados, mientras regresa mi sobrino y nos cuenta detalladamente cuanto allí pase!.....

Proc.— Pierda cuidado la señora Baronesa, que serán cumplidos sus deseos.

ESCENA V.

DICHOS. UN CRIADO.

Criado.—*(En la puerta del fondo.)* El apoderado del señor Conde acaba de llegar, y me ordena avisarle que necesita hablarle con suma urgencia. Además, el carruaje está listo.

Conde.—Bien. Voy al momento.

(Mútis los dos.)

ESCENA VI.

DICHOS, *menos el* CONDE *y el* CRIADO.

Bar.— No has olvidado nada, sobrina? Ya

mandaste poner en el carruaje todos los útiles y ropas que pueda Enrique necesitar?

Con.— Todo está ya arreglado, tía!

Proc.— Ha llegado, pues, el momento de la partida. (*Asomándose á la ventana.*) Afortunadamente el chubasco está pasando y haremos la travesía con menos peligro.

ESCENA VII.

DICHOS. CONDE *con una cartera en la mano.*

Conde.— Querida María, no tengo ya tiempo de subir á mi cuarto. Guárdame esa cartera hasta mi regreso: contiene veinte mil duros en billetes de Banco.

Con.— Si no es indiscreción, dime por qué causa llega este dinero á tus manos á una hora tan desusada?

Conde.— Por la más sencilla. Mi apoderado

ha cobrado hoy una tala de árboles y el fraccionamiento de unos terrenos, y por tratarse de una suma no despreciable, ha querido entregármela hoy mismo.

Con.— Puedes creer que me inquieta quedarme al cuidado de una suma tan grande, lo cual francamente quisiera evitar .....

Conde.— Desecha escrúpulos: nadie sabe que ese dinero se halla en tu poder. Además, la presencia en estos sitios, de todos los amigos que en mi ausencia continuarán la caza, será una garantía para la seguridad general del Castillo.

Con.— Sea, Enrique, puesto que lo quieres! (*Abre un cajón del pupitre, guarda en él la cartera, dejando el llavero en la cerradura.*

Conde.— Perfectamente! Muy bien! Ahora, mi querida María, adios! (*Abrazándola.*) Piensa en mí, y no olvides que pronto nos volveremos á ver.

Con.— Adios, Enrique. Cumple cuánto antes tu promesa; no demores tu regreso!

Conde.— Adios, tía! No deje usted de cuidar-

me á María: que siempre esté contenta!

Bar.— Adiós, sobrino! Ve sin cuidado y vuelve pronto.

Proc.— Señora Condesa!.... Señora Baronesa!..... Voy muy satisfecho de vuestras finezas y jamás olvidaré vuestras atenciones!

Con.— Sabe el señor Procurador que tendremos gran placer en verle por aquí frecuentemente.

Bar.— Qué no sea pues la última vez!

Proc.— Gracias, señora! Mil gracias! (*Despédida.*)

ESCENA VIII.

CONDESA. BARONESA.

Con.— (*Al balcón queriendo observar la marcha de los viajeros.*) Lóbrega está la noche!..... negra como la desventura.... pavorosa como la concien-

cia del culpable! No puede menos que inspirar terror la contemplación del sideral espacio, magestuosamente envuelto en el oscuro manto de la noche!..... Y sin embargo, es la hora suprema para el alma que sufre!.... los momentos esperados con ánsia infinita, por el corazón, que en el círculo de hierro de su desventura, lucha incesante, devorando en secreto la tortura que le mata!... guardando en lo más íntimo de su sér, la amarga copa, cuyo tósigo apura en sus pesares, dando al espacio, en suspiros de callada angustia, la esencia de sus dolores, para después recogerlos en las horas secretas de la noche, leales testigos de su desventura!....

Bar.— (*Que ha estado como abismada en sus reflexiones.*) Hablas, María, de desventura?

Con.— Estaba saludando á la noche, y sin querer, dí rienda suelta á las reflexiones que me sugirió el misterioso pavor que su contemplación inspira.

Bar.— Ah! Ya me explico tu pena. La partida de Enrique!.....

Con.— (*Aparte.*) Ojalá fuera ese mi dolor. Es natural, tía.... (*Rapto de sollozos.*) No sé que tormento secreto me desgarra el alma!

Bar.— Impresiones propias de tu carácter, sobrina. Desecha esas nimiedades y no hagas caso de pequeños disturbios!.... Verdad es que Enrique, de algunos días á esta parte, se manifiesta reservado.... taciturno.... y tal vez hasta imprudente.... por no sé qué presentimientos..... de sospechada infidelidad!.... Pero... al fin, tú eres incapaz de faltar á tus deberes, y en tu propia dignidad tiene su mejor garantía. Ea! Desecha aprehensiones infundadas; vamos á recogernos. En el sueño hallaremos la calma.

Con.— (*Dejándose llevar por la Baronesa.*) Teneis razón, tía. Busquemos en el reposo la tranquilidad que falta al corazon!.... (*Apagan la lámpara.*)

Mútis.

ESCENA IX.

CONDE, solo.

(Entra por el fondo con cierta agitación aunque recatándose.) No es aún la hora!..... Nadie!..... Todo en silencio!..... Todo en calma!..... menos mi corazón, que en su latir precipitado quisiera romper las tablas del pecho, para arrojarse en el torbellino de su desesperación, y azotar el rostro de los culpables, clamando "VENGANZA." Pero es esto posible?.... Ese infame anónimo que acabo de recibir, me dice que: "Una persona que se "interesa vivamente por mi honra y "mi tranquilidad, me participa que "esta noche tendrá una entrevista "secreta la señora Condesa, con el "señor Jorge de Commarin.....

"Que no se sabe la hora, pero es de "suponer que sea cuando ya todos se "hayan recogido, y que esté alerta!" Quién puede ser el autor de esta noticia fatal, que compadeciendo mi desventura, me destroza el corazón?.... Mas me valiera no haber intentado mi viaje á Dijón, pues no bien habiamos tomado la carretera, precipitando la marcha, cuando el más leal de mis guarda-bosques, me sale al encuentro, diciéndome haber recibido para entregarme, el miserable anónimo que revela mi deshonra!..... Alguien me asegura que María, por razones que ignoro, despidió esta mañana á Flora, su doncella, y que ésta, por infamia ó por venganza, me ha dirigido este anónimo!.... Y cuando una camarera sabe los secretos de su señora, es claro que no han de quedar ocultos, que se sabrán por todas partes, y que por todas partes habrá de ser mi afrenta conocida!.... Y yo!.... Desventurado!..... labrando mi propia desventura, puesto que doy hospedaje, admito á mi mesa y dis-

tingo con mi afecto al desleal que á traición me hiere!.... al infame que cobardemente profana el santo vínculo de amistad!..... Ah! María..... María!..... Pero calma!..... Esperémos! Vigilaré por todas partes, y..... llegado el momento..... Ah!.... *(Mútis.) (Observando que se acerca la Condesa.)*

ESCENA X.

CONDESA, sola.

(Sale con una bujía en la mano, vestida con bata de dormir. Se dirige sobresaltada al pupitre donde guardó la cartera, abre el cajón, ve lo que busca y respirando con satisfacción dice:) Ah!..... Aquí está!..... Sí! Puedo al fin desechar la pesadilla horrible que de mí se apoderó,

cuando apenas el sueño comenzaba á cerrar mis párpados! (*Va hácia la puerta del fondo, como á cerrarla.*) Imprudentemente dejé abierta esta puerta, y aunque en todo el castillo hay seguridad y nadie se atrevería, no he hecho mas que pensar detenidamente en que Enrique me hizo depositaria de una considerable cantidad, para sobresaltarme y luchar con una inquietud extraña en mí!... Cerraré, pues, la puerta; recogeré la cartera para guardarla en mi SECRETAIRE, y ya estaré tranquila por este lado, aunque siguiendo en la lucha incesante que sostiene mi alma con la imagen de Jorge, de ese hombre que como demonio tentador ha venido á despertar en mi corazón sentimientos, en los cuales no quiero ni pensar. Por fortuna el principio que pudo ser origen de un abismo, está ya salvado. No leí al fin su carta!... Tuve la fuerza bastante de ánimo, para destruirla y..... sin embargo no parece sino que el solo contacto de ese papel fué como la trasmisión de un veneno que, infiltrándose á

través de la epidermis, ha podido llegar hasta las puertas del alma!.... Pero no!..... Lucharé como me he propuesto!.....

ESCENA XI.

CONDESA. JORGE.

(JORGE *aparece por la ventana á la luz de un relámpago.* LA CONDESA *al ver á* JORGE, *retrocede asustada, exhalando un grito, y cae en el sofá dominada por el efecto de la sorpresa.*)

Con.— Ah!.....

Jorge.— (*Yendo hácia ella solícito.*) En nombre del cielo!..... Señora!..... Qué teneis? (*Cierra la puerta volviendo hácia la Condesa.*)

Con.— Ah!..... Jorge!..... Esto es horrible!..... Qué venis á hacer

aquí en estos instantes? ..... Qué?.....

Jorge.— Oh!..... Señora!,... hablad más bajo por piedad!..... que pueden oirnos y seremos perdidos!

Con.— (*Con altivez.*) Y qué me importa?... Qué tengo yo que ocultar? Os repito.... qué venís á hacer aquí?

Jorge.— Ah! Entonces..... No me esperabais?....

Con.— Yo!..... Esperaros!.... He oido bien?..... Pues no dice que le esperaba!..... Delirais caballero! Esa pregunta encierra un ultraje superior al que me habeis hecho presentandoos á mansalva en este aposento!

Jorge.— Ah, señora!..... Perdonad..... yo nunca he querido ultrajaros, y moriría mejor, antes que ofenderos!

Con.— Entonces..... qué venís á hacer aquí?

Jorge.— El billete que hice llegar á vuestras manos, y en el que suplicante os pedía una entrevista siendo la señal de vuestro asentimiento, una luz en esta estancia....

Con.— Ah! Qué coincidencia!..... Bien! Lo comprendo todo! Creeis sin duda que leí vuestra carta, y que como si tuvierais vos el derecho y yo la obligación..... habría por fuerza de asistir á vuestra cita, sin pensar siquiera que no me pertenezco á mí misma..... que soy la depositaria de una honra .. la de mi marido... y la esclava de un deber sagrado, fiel trasunto de mi propia conciencia?... Ah! Señor de Commarin!.... estais en un error; vuestra presencia me infama y vuestras palabras me envilecen! Alejaos de aquí.... ni un un instante más permanezcais en mi presencia!..... Idos!

Jorge.— María!..... Por piedad!.... yo no trato de envileceros, mucho menos de infamaros!.... Compadeceos de este amor que tomó forma en mi sér, sin yo darme cuenta de ello!... Es un amor puro.... inspirado por vuestras virtudes..... alentado por vuestra hermosura! Os adoro con veneración y respeto!..... y quisiera que mi alma fuera la de un ángel, para que las palpitaciones de

mi corazón se envolvieran en las ondulaciones purísimas de una pasión ingénua!..... Sí, María, yo os amo!.... y más os idolatro viendoos magestuosa y sublime, defendiendo los sagrados fueros del hogar!.... Pero, qué culpa tengo yo de amaros, María? Qué culpa tengo?

Con.— Pero olvidais que al hablarme en este aposento y á esta hora, no es por vuestra carta?.... No!..... Porque si tuve la debilidad de recibírla, tuve en cambio la energía de destruirla quemándola sin saber lo que en ella me decíais! Si me habeis encontrado aqui, es, oidlo bien, porque en mala hora se dió la fatal coincidencia de haber dejado en un cajón de ese mueble, una cartera con una cantidad considerable, que esta noche al marchar para Dijón, quiso dejarme Enrique. Y ya entregándome al sueño, pensé que no habia cerrado esa puerta, y había dejado las llaves en la cerradura del cajón!..... Sobresaltada por tal circunstancia, he venido á corregir mi olvido, á la hora en que vos creíais

que debía concurrir á vuestra cita! Ved, pues, cuán equivocado estabais! Hemos terminado!..... Ya estoy vindicada! Retiraos!..... ya nada teneis que hacer aquí!

Jorge.— Oh, María! Comprendo la grandeza de vuestra alma y repito, hoy más que nunca.... os idolatro con frenesí! *Queriendo tomarle una mano, que ella retira con dignidad.*) No pretendo que falteis á vuestros deberes, pero decidme siquiera que no me aborreceis!..... Esa palabra al brotar de vuestros labios, me dará fuerzas para no desesperar de esta vida, que ya me agobia como pesada carga, y la cual para hacérseme soportable necesita de una palabra vuestra!..... de compasión, María!.... De otro modo, moriré sin remedio! Esta misma noche habré dejado de existir! Adiós, María!

Con.— (*Qué ha estado manteniendo una lucha moral, que se recomienda á la inteligencia de la actriz.*) Ah!..... No!.... no!..... (*retrocede como espantada de la frase que ha dicho.*)

Jorge.— (*Apasionado.*) María!! (*Arrodillán-*

dose intenta besarle la mano derecha, que como al descuido le ha abandonado la Condesa. Esta resiste aunque débilmente en los momentos en que se oyen dos golpes fuertes en la puerta y la voz del CONDE.)

Conde. (*Dentro.*) María!

Con.— Jesús me ampare! El Conde!

Jorge. — El Conde! Maldición!

Con.— No hay remedio!.... estamos perdidos!

Jorge.— (*Llevándola á la puerta derecha.*) Por aquí, idos!.....
por la puerta secreta que da al parque hallareis salida. Poneos en salvo!..... Ya os sigo. Dejadme salvar este momento tan terrible como inesperado!.... (*Mútis, Condesa. Jorge se asoma á la ventana diciendo.*) Yo por aquí, de un salto aunque sea á la eternidad! (*Retrocede al mismo tiempo que dice:*) Oh! Maldición!..... veo confusamente unos bultos informes que abajo esperan! Estoy perdido!.....

Conde.—(*Dentro.*) Abrid! Abrid!.... Aquí mi servidumbre! Derribad esta puerta! Dentro hay un ladrón!

Jorge.— (*Al oir la palabra* LADRÓN, *como cediendo á una inspiración del momento, se dirige al pupitre, abre el cajón y toma la cartera sacando los billetes que esparse por el suelo.*) Ah!..... Qué idea! Sí, soy un ladrón! Echaré sobre mi nombre una mancha imborrable!..... destrozaré mi honra en holocaústo al honor de esa mujer!..... Que perezca yo, y que ella se salve!

Conde.— (*Ha estado golpeando la puerta á los gritos de:*) Abrid! Abrid! (*Cae la puerta hecha pedazos, presentándose el Conde airado y amenazador. Le acompañan el Procurador, Marcial y gendarmes que al entrar se distribuirán convenientemente. En los mismos instantes que ha caido la puerta, se oye la voz de la Condesa que vuelve diciendo.*)

Con.— No hay salvación posible! La puerta secreta está cerrada! (*Al ver al Conde.*) Jesús! (*Cae desmayada.*)

ESCENA XII.

DICHOS. CONDE. BARONESA.
PROCURADOR. MARCIAL. GENDARMES.

Bar.— (*Presentándose en los momentos en que la Condesa cae desmayada.*) Vírgen Santa! Pero qué es esto? (*Atendiendo á la Condesa.*)

Conde.— (*A Jorje. Aparte.*) Sois un infame!..... sois un villano!..... Quereis hacerme creer que sois un ladrón de dinero?..... cuándo no sois mas que un miserable ladrón de honras! ..... Podría arrancaros el corazón, haciendo otro tanto con esa desgraciada!..... Pero no!..... vosotros ganaríais!.... porque vuestro castigo sería mi afrenta!..... No!..... no!.... Señor Procura-

dor.... (*Señalando á Jorge.*) Hó ahí un ladrón, cumplid vuestro deber.

Jorge.— (*Ha querido hablar y se ve dominado por la actitud del Conde, permaneciendo como embargado por una emoción extraña, próxima al delirio.*)

Conde.— (*A la Baronesa por la Condesa.*) Esa mujer á su alcoba! (*Significando al Procurador lo que respecto de Jorge debe hacer.*)

Proc.— (*A los gendarmes señalando á Jorge.*) Y ese hombre á la prisión! (*Los gendarmes sujetan á Jorge. Este extendiendo por todo el escenario una mirada mezcla de altivez, tristeza y extravío la fija en los billetes que están en el suelo: despues en María que aún está desmayada. Se deja prender sin resistencia. Marcial; en Escena muda, cerca de Jorge, ha significado el dolor que le causan tanto las últimas palabras del Conde, como las del Procurador.*)

TELÓN.

ACTO TERCERO

EN LOS BAÑOS DE SPÁ. (BÉLGICA.)

HAN PASADO SIETE AÑOS.

Decoración.

Járdín iluminado con faroles de gas.—Bancos rústicos. —Escalinata que conduce á otro jardín que se deja ver en segundo término; al fondo perspectiva, decoración de salón de baile iluminado por un candil. —Pasillo.—Parejas que atraviesan.—Al alzarse el telón déjanse oír los acordes de una música de baile, continuando por intervalos, conforme á la dirección de escena.

ESCENA I.

BARONESA. MARCIAL.

Traje de baile.

Bar.— Pues, sí, mi querido Marcial! Hemos disfrutado de un inesperado placer al hallarnos aquí. Llegar á Spá esta mañana, y por la noche encontrarnos en el reducto; esto es lo que se llama un verdadero encuentro. Un encuentro de comedia ó de novela.

Marc.— Tanto como vos, he disfrutado gran placer al encontrarnos aquí. Y decidme, si no es indiscreción, habeis venido sola?

Bar.— No, señor. Vengo en compañía de mi sobrino y mi sobrina.

Marc.— La Condesa María?

Bar.— Ella misma, sí. No la abandono un momento, pues no puede vivir sin mí, y yo no aliento si no es teniéndola á mi lado.

Marc.— Y cómo sigue la salud de la señora Condesa?

Bar.— Mal, mi querido Marcial, muy mal. La pobre niña no ha podido aún restablecerse de la enfermedad que en su ánimo produjo aquel terrible suceso, que no habreis olvidado: María desde entonces no vive; arrastra una existencia tal de amargura, que hemos llegado á perder la esperanza de verla restablecida.

Marc.— Parece sin embargo, que la señora Condesa quiere probar las condiciones saludables de las aguas de Spá.

Bar.— No, Marcial, no es ella la que viene aquí por su gusto. Es mi sobrino quien la trae, como la lleva á todas partes.

Marc.— Qué quereis decir, señora Baronesa?

Bar.— Quiero decir, que en el invierno siguiente al funesto otoño en que tuvo lugar el suceso que no quiero recordar, Enrique hizo que cinco médicos de los mejores de París, reconocieran la enfermedad de María; y aquellos recetaron por unanimi-

dad y como único antídoto, la distracción.

Marc.— Y aceptada que fué la opinión médica.....

Bar.— Mi sobrino ha pasado el tiempo desde aquella época, hace siete años, en distraer á su mujer, con una tenacidad sin ejemplo. La pobre María no tiene momento de descanso. En el verano siempre nos hallamos en todos los sitios en que puede uno divertirse con pretexto de curarse! El invierne lo pasamos en París, sin faltar nunca á una representación de la Opera ó á los Italianos. Y siempre por todas partes en contínua diversión! Así vamos pasando la vida.

Marc.— Y en medio de todo eso, la señora Condesa recobra la salud?

Bar.— Ah! No, Marcial, no! La pobre María languidece más y más, como una flor delicada al contacto de récio vendaval! Ya la vereis, amigo mío, ya la vereis; y habreis de asustaros de la impresión de dolor infinito que su semblante revela!.... Da lástima la pobre niña. Siempre melan-

cólica, siempre triste! Dentro de algunos instantes la vereis.

Marc.— Cómo!..... Qué decís?

Bar.— Que Enrique y María van á venir al baile, y que quizás ya estén en el salón.

Marc.— Pero la señora Condesa acaba de llegar, viene de viaje y debe estar rendida de cansancio!

Bar.— Quite usted allá! Mi sobrino es un hombre, que no pierde un minuto, no admite el cansancio; para él no hay mas que la distracción.

Marc.— Pero eso es una crueldad!

Bar.— Tal creo yo también, pero mi sobrino dice que es exactitud y que todo tratamiento pierde su efecto si se interrumpe! Mas hablemos de otra cosa, amigo mío. Supongo, puesto que ya llevais aquí algún tiempo, conocereis á todo el mundo.

Marc.— Cuando menos conozco á la principal sociedad.

Bar.— Entonces hablemos del *Lion* de la temporada: de ese personaje tan bello como misterioso, que como héroe de moda, cautiva tanto la atención

de esta sociedad. Me han dicho que lleva por nombre Jorge de Bracieux.

Marc.— Señora Baronesa, con vos no usaré reserva ninguna; pero os recomiendo el secreto. Jorge de Bracieux, el *Lion* á quien os habeis referido, es Jorge de Commarin!.....

Bar.— Ah! Jorge de Commarin aquí? Es posible?..... Dios mío!..... Pero decidme, por qué sorpendente concurso de circunstancias novelescas se encuentra Jorge aquí? Y bajo un nombre que no es el suyo?

Marc.— Bien, señora Baronesa; la presencia de Jorge en Spá, no tiene nada de extraño, puesto que como muchos, ha venido á pasar la temporada. En cuanto al nombre que os sorprende, debo deciros que tomó el apellido materno de Bracieux, puesto que no podía llevar más el de Commarin, deshonrado por una sentencia infamante.

Bar.— Cómo!..... Luego en Dijón....

Marc.— Sí, en Dijón; allí pasó su calvario. Fué condenado por resolución del jurado, á cinco años de presidio, por robo con abuso de confianza. Yo que

he visto, sí; sus ojos, hermosos cual nunca ví, ofrecen una expresión sobrehumana y dejan adivinar abismos insondables de un mudo padecer y de dolor constante!..... Su mirada vaga y melancólica no pertenece ya á este mundo!..... Sus labios manifiestan una sonrisa lúgubre!..... Pobre María! He visto tambien á Enrique!..... Cuán cambiado está!..... Sus ojos dan paso á una mirada brillante y fría como la hoja de un *puñal!*..... Todo lo sé..... y comprendo que ha sufrido de rechazo las torturas de su venganza!..... Implacable en ésta, ha hecho de verdugo y de víctima, recibiendo á su vez los mismos golpes morales que ha inferido á su infeliz mujer!..... *(Oyese ruido de personas que se acercan.)* Ah!..... Si me habrán oído!..... Si alguien habrá escuchado profanando las palabras que, como destellos del corazón, han brotado por mis labios.....

Me vuelvo al salón!..... Iré á confundirme entre la vertiginosa

multitud que, en alas del placer, es incapaz de comprender hasta dónde llegan las cuitas del alma desventurada, que sólo vive nutriéndose con el llanto y el dolor! (*Mútis.*)

ESCENA III.

BARONESA. CONDESA. *Las dos con elegancia suprema. La Condesa en completa extenuación.*

Bar.— Bien. Descansa aquí, sobrina mía! Da, si quieres, rienda suelta á tu quebranto!..... Llora aquí, sobre mi pecho!..... Respirando el aire puro, calmará tu agitación.

Con.— Ay, tía!..... Yo siento la muerte!..... Me dicen que aquí está Jorge!.... No sé si podré ocultar lo que yo siento al mirarle!..... Hizo tan gran sacrificio..... que casi..... ya siento amarle!.....

Tía, vámonos de aquí!.... Quiero hallar en el bullicio del espacioso salón, lo que el alma necesita..... lo que falta al corazón!.....

Bar.— Pero, imprudente, y si Jorge llega á encontrarse á tu paso....?

Con.— Suceda lo que Dios quiera!..... Ya no puedo resistir! ..... Estoy próxima á la muerte!....

Bar.— Bien. Si así lo quieres, vamos!.... Dios tenga piedad de tí!

(*Mútis.*)

ESCENA IV.

CONDE *(solo) de etiqueta.*

Llegó la hora suprema!.... Llegó el momento de hacer pasar por el crisol de la prueba, esa virtud fin-

gida con que se me ha hecho sufrir las penas del infierno durante siete años!..... Logré al fin que, encontrándose frente á frente, vea, si ellos, como yo, tienen tanta grandeza de alma para sostener el choque de las pasiones, tras las cuales ellos me han arrastrado!.... Así clama la honra herida!..... así grita la conciencia envuelta en la oscuridad de una incertidumbre que, sin piedad me mata!.... Y qué hacer?... qué hacer cuando el corazón y el cerebro en continuada lucha, dispútanse á la par derecho y honra?.... Qué hacer cuando el alma envuelta en sus dolores, en vano se retuerce por descifrar hasta donde llegan los arcanos que encierra el corazón de una mujer?..... María manchó mi honra!..... No habría faltado material!..... No habría, lo que puede, según hoy se estima, representar la causa de una deshonra!... Pero, que más para los fueros del corazón, qué más que el convencimiento ante la propia conciencia que se rebela pidiendo justicia? ....

Qué más que la humeante herida del corazón desgarrado en mil pedazos?..... Y los girones de la honra traidos á mal traer por ese miserable *Galeoto*, que, como representante del gremio social, se manifiesta cual fatídico fantasma, envolviendo en la penumbra de su infernal silueta, los fragmentos de una ilusión sagrada, que era el angel de guarda de un hogar dichoso, y que, entre celajes de ventura y esperanzas, conservaba la honra inmaculada de una esposa, guardadora del más precioso tesoro, que el hombre puede poner en manos de una mujer?..... Cuando la falta existe, siquiera sea en sentido moral, no por esto amengua la afrenta: se podrá evitar el escándalo consiguiente como lo hice yo, pero jamás podrá ser acallada la voz incesante de la de la honra ultrajada que siempre clama: Venganza!..... Esperaré!.... y sea cuál fuere el desenlace, que lo resuelva el destino.....

(*Mútis.*)

ESCENA V.

CONDESA. *Después* JORGE.

Con.— (*Como dominada por una lucha moral que no puede sostener. Casi delirante é indicando síntomas de gran desfallecimiento.*) Jorge!.... Él!... Sueño?.... Pero sí, oí su voz!.... Sí percibí su acento que tímido y convulso llegó á lo íntimo de mi alma, envuelto entre sollozos de dolor infinito y de pasión inmensa!..... María!..... oí que pronunciaron sus labios, y al ver que cerca de mí se hallaba, mi sér todo se extremeció, y como tocada con extraña conmoción, me sentí arrastrada por impulsos incomprensibles, abandonando, para venir á este sitio, el torbellino

del salón, cuyo vértigo me asfixiaba, como queriendo arrojarme lejos de sí!..... Pero qué vengo á hacer aquí?..... Acaso las recriminaciones de mi propia conciencia me arrastran al borde de un abismo?... O es que esta pasión que ya maldigo, en su secrto magnetismo, me atrae inconsciente, para arrojarme de una vez en brazos de la fatalidad?..... Ha llegado mi expiación?..... (*En estos momentos aparece Jorge, anhelante y apasionado á la vez que tímido y cauteloso.*)

Jorge.— (*Prolongado, media voz,* PASIÓN.) María!!

Con.— (*Con un grito ahogado significando al mismo tiempo como alucinación, y delirio.*) Ah! Jorge.....

Jorge.— María!..... María!..... Al fin os vuelvo á ver!.....

Con.— (*En un rapto de pasión quiere arrojarse en brazos de Jorge, pero vacila y retrocede como espantada.*) Jorge!..... Ah! Jorge!.... Bendigo al cielo que me ha dejado llegar á este instante, siquiera para contemplaros, Jorge, por la vez últi-

ma!..... para manifestaros, por ocasión postrera, la gratitud que os debo, por el gran sacrificio que hicisteis de admitir la infamante nota de ladrón, antes que consentir en mi deshonra ostensible ante la sociedad!..... Ansiosa deseaba el instante de volveros á ver antes de morir, y lo consigo al fin!..... Sí, Jorge!..... (*Se sientan.*) Mi vida se ha ido extinguiendo poco á poco, y ya me faltan alientos para soportar por más tiempo la callada crueldad de mi marido, cuya venganza, por la falta imaginaria que entonces no existió, ha venido siendo tan secreta como incesante y horrible durante siete años!..... La sociedad nos ve siempre juntos..... aparentando el hogar del más envidiable matrimonio!..... pero, ay, Jorge! la separación de almas entre Enrique y yo, ha acabado por abrir entre los dos, un abismo tan insondable, que más me valiera haber muerto siete años ha!..... Hemos acabado hasta hoy la fórmula social, pero mi alma está ya muer-

ta!.... Soy como veis, un cadáver ambulante, que reclama en su martirio, las puertas de la tumba!

Jorge.— Comprendo la magnitud del martirio incesante á que tan cruelmente os condenó vuestro verdugo, que no vuestro marido! Pero sea lo que fuere, nuestras almas están ya purificadas por el crisol del sufrimiento! Quereis, María, que os vengue?

Con.— Ah!..... No! No!..... Si aun fuese tiempo, os pediría mejor, que me salvaseis!.....

Jorge.— Pues bien, María, es tiempo aún! Huyamos!..... Y ya que tanto hemos sufrido el uno lejos de el otro, juntos ahora procuremos descorrer para nuestros corazones, el cortinaje azul que hasta hoy ha cubierto los celajes en que frenético, en sueños de oro, ha podido arrullarse nuestro amor!..... Y tras tantas amarguras como hemos atravesado, y tras tantos dolores como en secreto ha devorado nuestro sér, podamos al fin consagrar nuestra pasión!

Con.— Ah! Jorge!..... Si alguna ley

pudiera sancionar nuestro amor!.... cuán felices habríamos de ser!....

Jorge.— Qué mejor ley, que la mútua correspondencia de nuestras almas!..... Qué sanción mejor que la inspirada por nuestras propias conciencias, después de tantos años de íntimo sufrimiento!

Con.— Ay, amigo mío!..... Desgraciadamente la misma conciencia que invocais, es el fantasma que nos hunde en el abismo de la más negra desesperación; y ante la realidad, ya sin esperanza, de nuestra desventura, mi alma se sumerge en una agonía de muerte. Y ya que en vida no pude llegar á perteneceros, reciba vuestro corazón el último suspiro que alienta mi sér, mientras podemos unirnos ALLÁ donde ya no pueden separarnos jamás!..,..... (*Muy desfallecida y próxima á la muerte. A las últimas palabras aparece el* CONDE.)

ESCENA VI.

DICHOS. CONDE.

Conde.— *(En la puerta, sombrío y con calma aterradora.)* Pues que tanto anhelais ese momento, sea!

Con.— *(Experimenta una fuerte conmoción al presentarse el Conde; quiere ponerse en pie y cae de nuevo exclamando.)* Enrique!.... Ah!..... Perdón!.....

Jorge.— Perdón!..... Y de qué? Todavía hasta el último instante, la víctima infeliz arrastrándose en su dolor á las plantas del miserable verdugo, que lentamente la mata con la más horrible de las muertes!.....

Conde.— (*A Jorge.*) Y agregais aún á vuestro pasado de ignominia, la infamia de produciros como lo haceis? Bien pudiera perderos, delatándoos ante toda esa noble concurrencia que llena los salones, diciendo á voz en cuello lo que habeis sido!.... Un presidiario!..... un ladrón!..... y entonces toda esa aureola misteriosa de admiración que os rodea y os hace aquí un sér superior, vendría por tierra, y mal que os pese, quedaríais tan infeliz y miserable como la noche aquella de vuestro crimen!.... Pero no!..... Vuestra vida me pertenece! (*Con voz sorda, y pudiendo apénas dominarse.*)

Jorge.— Ah!.... sí!..... tomadla!..... Haced de mí lo que querais! Estoy perdido!.... No hay remedio!....

Conde.— (*Señalando hácia el parque.*) Ahí, en el fondo del jardín! En mi habitación tengo armas. Os daré siquiera la esperanza de matarme! Vamos!.....

Jorge.— Vamos! (*Mútis.*) (*Salen violentamente pero no sin dirigir á la Condesa una mirada, cuya expresión que-*

da encomendada al talento de los actores; conforme á la diversidad de sentimientos que á cada uno domina.)

ESCENA VII.

CONDESA.

Con.— *(Que ha estado luchando así con los síntomas de la muerte, como con el efecto del cuadro que presencia. Al salir el Conde y Jorge, hace un supremo esfuerzo para ponerse en pie, y no pudiendo cae de nuevo en su asiento exclamando.)* Enrique!.... Dios mío..... no me oye!..... Un duelo!..... Y sin poderlo

evitar! No sé qué presiento!..... Si muere Enrique, su recuerdo se me presentará siempre como la imagen del remordimiento!.... Si sucumbe Jorge, su sombra me perseguirá como un aterrador fantasma que á toda hora me maldeciría!..... No!..... No!..... Qué no se vierta sangre por mi causa! Cómo evitarlo, Virgen Santa?.... Cómo evitarlo?..... Pero, qué digo? si yo también estoy á las puertas de la muerte! (*Queriendo alzar la voz, que sin embargo, siente debilitársele gradualmente. Tratando de ponerse en pie sin conseguirlo, dice:*) Pero no!..... Tía!..... Marcial!.... Venid!..... Ayudadme!..... Quizá sea tiempo..... (*Presentándose la Baronesa y Marcial por el fondo, apresuradamente.*)

ESCENA VIII.

DICHA. BARONESA *y* MARCIAL;
después CONDE.

Bar.— Qué pasa, sobrina?
Marc.— Qué pasa, señora Condesa?
Con.— Ah! Quizá sea tiempo!..... Corred!..... Volad!.....
Bar.— y Marc.— Qué?
Con.— Enrique y Jorge han salido á batirse. En el jardín están! Id! Quizá sea tiempo! Ah! (*Tratan de ejecutar el deseo de la Condesa, en los instantes en que se dejan oír hácia el jardín dos pistoletazos, seguidos uno de*

otro. Todos se quedan en silencio mirándose como aterrorizados. La Condesa lanza un grito de suprema angustia; análogo á las circunstancias. Síntomas de muerte muy pronunciados, viéndose atacada de un ligero desmayo. La Baronesa la sostiene. Marcial dirigiendose á la Baronesa por la Condesa.)

Marc.— Infeliz!..... La muerte se cierne sobre su frente. Atendedla..... Yo voy á salir de esta incertidumbre que me mata! *(Intenta salir en los momentos en que aparece el Conde empuñando la pistola. Viene pálido; con traje y pelo en desorden, dando pasos como de ébrio. Detiénese un instante á la entrada. Todos al verlo se quedan sobrecogidos de terror, prorrumpiendo la Condesa en una exclamación de dolor supremo y muere en brazos de la Baronesa.)*

Marc.— Y Jorge?

Conde.— Muerto!..... Lo quiso el destino!..... Yo no soy culpable!.... *(Colocando la pistola sobre algún mueble inmediato.)* Sucumbió al pe-

so de su falta! Hó aquí las consecuencias de un cáncer social!.....
Su expiación los ha matado!.....
No yo!..... Qué los perdone Dios!!!

TELÓN FINAL.

Juicio de la Prensa

EN EL TEATRO HIDALGO.—Se puso en escena anteanoche el drama social del Sr. Juan C. Maya, titulado "Del Cielo al Abismo."

El numeroso público que asistió al estreno de la obra, la acogió con aplauso llamando á la escena á su autor, quien apareció en ella sumamente conmovido.

Apadrinó la representación del drama una Comisión de la Prensa Asociada, á la cual se le cedió galantemente el palco de honor, ó sea el céntrico del Teatro Hidalgo.

Ocuparon ese palco las siguientes personas: Apolinar Castillo, Francisco Sánchez Santos, José Barbier, Ricardo Domínguez, José Arriola, Joré M.ª Barrios de los Rios, Vicénte Ramírez y Francisco Morales.

El beneficiado obsequió á la Prensa Asociada con un cuadro litográfico, en el que se ven los retratos del Sr. Maya, con los de todos los artistas que trabajan en el Coliseo de Corchero. —(*Partido Liberal.*)

El miércoles de la semana pasada se estrenó en el Teatro Hidalgo una nueva producción del inteligente escritor Juan C. Maya, intitulada: "Del Cielo al Abismo·"

La obra tiene escenas de palpitante interés, está bien desarrollada y fué hábilmente interpretada por todos los artistas. Su argumento está tomado de la novela francesa "Une passion,"

El apreciable autor fué llamado dos veces al palco escénico y recibió conmovido los aplausos del público.

La Sra. Josefina Duclós recitó el precioso monólogo de Blasco, "Un día completo," siendo objeto de una entusiasta ovasión.

La concurrencia que asistió al espectáculo fué numerosa y distinguida.

El Sr. Maya tiene facultades para ser un buen autor dramático. Siga cultivando las be-

llas letras, ya que sus primeros ensayos le han valido triunfos merecidos.

No hay que desmayar, querido amigo, adelante.—(*Patria Ilustrada.*)

"DEL CIELO AL ABISMO."—Con motivo del beneficio de uno de los empleados del Teatro Hidalgo, se estrenó ántes de anoche en aquel coliseo un drama del que es autor el Sr. Juan C. Maya.

La obra está escrita en prosa y adolece de inverosimilitud en el plan general de ella y de amaneramiento en el lenguaje en algunas escenas. El autor ha abusado, por otra parte, de un defecto que rechaza el drama moderno y que consiste en poner en boca de los personajes la relación de hechos que debian desarrollarse en la escena.

No obstante esto, el drama de que hablamos tiene algunas situaciones escénicas que arrancaron aplausos al públicos, que llamó yarias veces á la escena al autor.

Creemos que éste, que aún es bastante joven, puede corregirse con un poco de estudio, de los defectos que nosotros hemos creido encontrar en su obra, y que si él persiste en su

tarea de escritor dramático, quizá más tarde pueda hacer algo que enorgullezca á las letras mexicanas.

En cuanto al desempeño de esta pieza, no fué de lo más satisfactorio, debido quizá á no haber sido ensayada suficientemente.

La Sra. Duclós recitó bastante bien el monólogo de Blasco, "Un día completo."

Finalizó la función con la zarzuelita "Picio, Adan y compañía."

La concurrencia fué muy numerosa; entre ella notamos á los Sres. Apolinar Castillo, Sánchez Santos, Ricardo Domínguez y Francisco Morales, miembros de la "Prensa Asociada," á quien se dedicó la función, y á algunos otros periodistas.—(*Monitor Republicano.*)

"DEL CIELO AL ABISMO.,,—El drama del Sr. Juan C. Maya titulado como el encabezamiento de este párrafo, fué representado el miércoles último en el Teatro Hidalgo ante numesa concurrencia.

La obra fué aceptada y el Sr. Maya recibió aplausos del intelingente público que á esa función asistía.

"Del Cielo al Abismo" está tomado de una preciosa novela intitulada "Une passion" escrita por Javier de Montepin.—(*Pabellón Español.*)

"DEL CIELO AL ABISMO."—Este drama de que es autor el Sr. D. Juan C. Maya, fué representado ántes de anoche en el Teatro Hidalgo, ante bastante concurrencia que le adjudicó aplausos.—(*Diario del Hogar.*)

ESTRENO.—Antes de ayer en la noche tuvo lugar, en el Teatro Hidalgo, el estreno de la obra de nuestro querido amigo el Sr. D. Juan C. Maya, intitulada "Del Cielo al Abismo."

Escasa estuvo la concurrencia, aunque inteligente en su mayoría.

La obra fué aplaudida y su autor llamado á la escena dos veces, escuchando en la última unos versos que le fueron dedicados.

Sentimos que en los presentes días no podamos consagrar á la citada obra algunas lí-

neas, pero nos reservamos para hacerlo en su segunda representación, que será cuando termine la cuaresma.—(*El Heraldo.*)

ESTRENO.—El miércoles pasado estrenó la Compañía Dramática que trabaja en el Teatro Hidalgo, un drama titulado "Del Cielo al Abismo" del Sr. Juan C. Maya, autor mexicano. La función fué á beneficio del Sr. Guerrero, peluquero de los teatros de la capital y dedicada por éste á numerosas personas. Estuvo bastante concurrido el teatro y el autor del drama fué llamado á la escena varias veces.—(*Hijo del Ahuizote.*)

"DEL CIELO AL ABISMO."—La noche del miércoles se estrenó en el Teatro Hidalgo, el drama en tres actos y en prosa, "Del Cielo al Abismo," del que es autor nuestro particular amigo el Sr. Juan C. Maya.

El referido drama abunda en situaciones escénicas de bastante mérito y que fueron aplaudidas por la ilustrada concurrencia que

en bastante número, acudió al teatro de la calle de Corchero.

El Sr. Maya haría bien en corregir algunos pequeños defectos que se notan en su obra, con lo cual quedaría esta perfecta.

Se notó que no estaba suficientemente ensayada, por lo cual algunas escenas interesantes pasaron casi desapercibidas.

El autor fué llamado varias veces al palco escénico y saludado con nutridos aplausos.

En uno de los palcos se encontraban los Sres. D. Apolinar Castillo, D. Trinidad Sánchez Santos, D. Ricardo Domínguez y D. Francisco Morales en comisión por la "Prensa Asociada," á la que estaba dedicada la función.—(*Paz Pública.*)

TEATROS.—En el Teatro Hidalgo se puso en escena antenoche el drama social del Sr. Juan C. Maya, titulado: "Del Cielo al Abismo."

El público que asistió al estreno de la obra, la acogió con aplauso llamando á la escena á su autor, quien apareció en ella sumamente conmovido.

Apadrinó la representación del drama una Comisión de la Prensa Asociada, á la cual

se le cedió galantemente el palco de honor, ó sea el céntrico del Teatro Hidalgo.

Ocuparon ese palco las siguientes personas: Apolinar Castillo, Francisco Sánchez Santos, José Barbier, Ricardo Domínguez, José Arriola, José M.º Barrios de los Rios, Vicente Ramírez y Francisco Morales.

El beneficiado obsequió á la Prensa Asociada con un cuadro litográfico, en el que se ven los retratos del Sr. Maya, con los de todos los artistas que trabajan en el Coliseo de Corchero.—(*El Mundo.*)